

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Victoria Novelo (idea y dirección), *Antropovisiones*, edición por el 40 aniversario del CIESAS, México, CIESAS (cuatro DVD), 2014.

ISAAC GARCÍA VENEGAS

El desarrollo tecnológico en el que vivimos inmersos ha provocado cambios radicales, particularmente en lo que se refiere a la imagen. No cabe duda que actualmente presentamos —y somos partícipes— de una realidad novedosa: el mundo de las imágenes ha dejado de ser tal (es decir, un mundo *limitado* por lo menos en cuanto a su “producción”, no tanto en cuanto a su “percepción”) para convertirse en un inconmensurable arsenal de imágenes del mundo. Las imágenes fijas y en movimiento, editadas y sin editar, pueblan nuestra vida cotidiana. Los megapíxeles en dispositivos móviles, las funciones automáticas que “facilitan” y sustituyen cierto *saber* sobre la generación y producción de imágenes, los programas y aplicaciones que vuelven “artística” o “estética” cualquier imagen (incluso los autorretratos, llamados *selfies*, en los baños antes o después de la ducha), nos aproximan vertiginosamente a esa realidad virtual

que termina por “embruja” y “sustituir” a la realidad real, como lo expresó Win Wenders en su película *Hasta el fin del mundo* (1999). Película que se sitúa en una época en la que, como resultado de una supuesta catástrofe nuclear, algunos sobrevivientes ya no viven sino se sientan frente a las imágenes que un misterioso aparato proyecta; imágenes de sueños y recuerdos que lejos de ayudar a volver a tener presente la civilización ida, evitan el fastidio mismo de vivir incluso la propia vida.

En pocas palabras, las imágenes ya no son *sobre* el mundo sino *del* mundo: lo que se ha perdido es la *distancia* necesaria entre el mundo y la imagen. Hoy el mundo es la imagen que de él se capta y difunde. Mientras la distancia nos permitía saber que el mundo era algo más que la imagen (a fin de cuentas un instante fijado en un flujo continuo del tiempo), hoy pareciese ser que el mundo es lo que el cúmulo de imágenes nos dice que es. Las imágenes pues son *del* mundo: no sólo *le* pertenecen sino que *son el mundo mismo*: vivimos en un gran *selfie* del mundo. Para algunos, esta pérdida de distancia es en realidad una ganancia; para otros, es una tragedia.

Semejante circunstancia, novedosa a todas luces, afecta distintos niveles del modo en que nos aproximamos a las imágenes. Su lenguaje, su abecedario y su técnica, las más de las veces se ignora, lo cual no obsta para producir y difundir imágenes, pero incluso entre quienes les conocen parece prevalecer la senda bíblica de Babel: la especificidad del lenguaje fotográfico, cinematográfico o documental se confunde con el de la propaganda, la publicidad y la televisión. La espontaneidad y rapidez con que actualmente se puede producir y editar una imagen hace creer a una amplia mayoría, incluso dentro de los sectores académicos, que el registro y difusión, con su toque de “creatividad”, es igual a la construcción de un discurso audiovisual que documenta un segmento de la realidad. Por supuesto, esto no es así, aunque sólo sea por el hecho de que lo segundo, es decir, el documental tiende a provocar el pensar, analizar y meditar el mundo, no a consumirlo como si se tratase de una golosina dispuesta allí a ser solamente consumida, como acontece con la publicidad, la propaganda, la televisión. En suma, existe una gran distancia entre captar y difundir un hecho, por ejemplo, un asalto, una pelea, y el registro y producción de imagen con la finalidad de ayudar a reflexionar sobre la violencia misma. Lo primero es un asunto de distracción, de testimonio, de noticia; lo segundo es lo propio del documental, de una vertiente del cine, de una vertiente de la fotografía.

Lo que digo se puede constatar con la serie que hoy presentamos, ideada, pensada y dirigida por Victoria Novelo.

Llamada *Antropovisiones*, es una serie de nueve documentales de aproximadamente media hora cada uno, salvo el más reciente que es del doble de duración, realizada entre 1999 y 2011. Como su nombre lo indica, se trata de un conjunto de visiones sobre la antropología, o mejor dicho, sobre ciertos temas de una vertiente de la que trabaja. Puede afirmarse, incluso, que se trata de un conjunto de visiones sobre el ser humano, ya sea inmerso en diversas problemáticas: el alcoholismo (*El secreto del alcohol*), la marginación (*La calle de los niños*), la migración (*El yalalteco nunca se acaba*), la vejez (*Historias de gente grande*); o bien, realizado diversos trabajos (*Artes y oficios mexicanos; Camaristas, autorretratos indígenas*); sea historiando temas ricos y complejos (*Lacandona, medio siglo de sueños; Mexicanerías. La construcción del México típico*), o reflexionando sobre el propio hacer del antropólogo en una época signada por la barbarie (*Trabajo de campo en tiempos violentos*).

Al ver la serie completa, una pregunta es obligada: ¿qué razón o motivo pudo llevar a Victoria Novelo a ocuparse en esta serie durante 12 años? Sobre todo, si se tienen en cuenta las adversas condiciones en las que lo hizo, tan comunes en todas las instituciones académicas de este país que no son privadas (recorte presupuestal, gigantismo burocrático, ofensiva política, desinterés, etcétera). Parte de la respuesta se encuentra en su formidable querencia con el cine, que se le afianzó con aquel legendario documental llamado *El grito*. Aunque fuese de manera indirecta y un tanto lejana

de la producción formal, Novelo estuvo allí, cuidando, protegiendo, a los que entre moviola y celuloide, se esforzaron porque ese testimonio de lucha estudiantil de 1968 se concretara y difundiera. Desde entonces, Novelo sigue cultivando esa querencia; *Antropovisiones* es uno de sus resultados.

Otra parte de la respuesta tiene que ver con su profesión: la antropología. No estoy seguro de si alguna vez lo ha dicho, pero es muy evidente la estrecha vinculación entre su cinefilia con su objeto de estudio preferido: la artesanía y el oficio de artesano. Hay que recordar que en los lejanos años sesenta del siglo pasado no existía la facilidad tecnológica de hoy, si bien ya despuntaba. La edición lineal, propia de la producción cinematográfica y documental, exigía lo que me parece todo artesano sabe exige la artesanía: un saber, una destreza, mucha paciencia y algo de intuición. Victoria Novelo se ha distinguido como antropóloga por estudiar a fondo eso que se llama artesanía y a sus productores, los artesanos. Sucede como si en ellos, en su hacer, hubiese un reflejo de su propia querencia cinematográfica, incluida su producción. Y no es difícil concluir que su hacer antropológico también es deudor de ese vínculo entre pasión cinematográfica y artesanos y artesanías: en él hay paciencia, saber, oficio (que es un modo de llamar a la destreza) e intuición. Cuando pienso esta vinculación la única palabra que se me viene a la cabeza es *cernir*. La querencia y el oficio *ciernen*. *Antropovisiones* es algo que se cernió en 12 años. Y me parece que su resultado vale mucho la pena.

Pero Victoria Novelo como antropóloga ha contribuido, además, a fundar instituciones, y el trabajo en las instituciones no le es ajeno. En el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), del que es profesora investigadora emérita, se ocupó del área de Publicaciones y Difusión. Esa experiencia le confirmó lo que en general se sabe o intuye: que a menudo el trabajo académico se queda entre paredes, convirtiendo lo que alguna vez fue diálogo en monótonos soliloquios. Para superar semejante destino, diseñó una estrategia para difundir y vincular a la institución con la sociedad: venta de bodega de libros, ciclos de cine, etcétera. Fue allí donde gestó la idea de la serie *Antropovisiones* que, como dice su sello, es una “serie basada en los trabajos del CIESAS”. Así, esta producción puede entenderse también como resultado de una fuerza centrípeta de tendencias que operan de manera radical en Novelo: el cine, el oficio, la antropología, la difusión. De este modo también se entiende que le haya dedicado tanto tiempo de su vida.

La serie *Antropovisiones*, que hoy se nos ofrece como una colección en cuatro DVD, nos muestra algo fundamental: que la transformación tecnológica no debiera significar la eliminación de la distancia entre imagen y mundo, como exige la situación actual. Comparado el primer documental (*El secreto del alcohol*) con el más reciente de la serie (*Trabajo de campo en tiempos violentos*) salta a la vista la transformación tecnológica de las cámaras y el audio utilizados, sin embargo, la técnica y la estructura, puede decirse, es la misma:

un tema central visto por un especialista —un investigador del CIESAS— y un conjunto de voces que acompañan o incluso disienten de sus opiniones en algún aspecto. Es claro en cada documental que Victoria Novelo estudió lo sostenido por el investigador que asesora y participa en cada documental, que ellos le abrieron las puertas de sus propios informantes o le sugirieron alguna entrevista, por ejemplo, en *Mexicanerías. La construcción del México típico*. También es notorio en *La calle de los niños*, por ejemplo, que la investigadora Elena Azaola le dio pauta sobre el lugar posible donde filmar o grabar. Lo mismo sucede en *El yalateco nunca se acaba* o en *Historias de gente grande* o en *Lacandona, medio siglo de sueños*.

En ninguno de los documentales de esta serie hacen falta planos complejos, uso de fotografías, litografías, fragmentos de cine, objetos que constituyen un discurso visual pertinente y adecuado. Incluso cuentan con secuencias dramáticas, como la de los niños de la calle o de alcohólicos tirados en la calle o siendo objeto de una auscultación médica que los enfrenta a una situación grave que les hace llorar frente a cámara. Tampoco faltan peculiares metáforas, como sucede en *Trabajo de campo en tiempos violentos*, cuando aparecen un conjunto de balas a manera de viñeta o ciertas tomas áreas que deliberadamente crean vértigo para hablar de la exclusión social como en *La calle de los niños*. Por supuesto que todo esto se debe a la mirada de los directores invitados de cada documental, con los que Novelo trabajó intensamen-

te (y supongo que también conflictivamente), hasta que hizo una mancuerna creativa con Andrés Villa, con quien hizo los documentales más recientes.

El sello de la serie es una secuencia hermosa. Se trata de una puerta de madera tallada, pesada y dura, que franquea el paso de la Casa Chata (construcción en Tlalpan que data del siglo XVIII). La puerta se abre de par en par, como dando la bienvenida al espectador para conocer el trabajo de los investigadores del CIESAS. Y esto es lo importante de la serie: muestra los temas que interesan a ciertos investigadores de esta institución. Llama la atención que en los abordajes propuestos por la serie prevalezca la mirada de los antropólogos, de los actores sociales, y no el de las instituciones. Esto tiene su explicación. Como se sabe, la antropología mexicana ha librado una batalla enorme por sacudirse la huella con que nació: ser un brazo, una herramienta, de las instituciones del Estado mexicano. Lo que en esta serie se nos muestra con peculiar fuerza es un “momento” privilegiado de una parte de la antropología mexicana que se define por su ambición, su necesidad, y hasta su necesidad podríamos decir, de observar críticamente y de ser un mediador activo entre una realidad social —problema no cabe duda—, y las instituciones que están allí, o debieran de estarlo, para atender y acometer las soluciones que esa vida social demanda. Fue un “momento” privilegiado, digo, porque hoy en día las políticas oficiales de la antropología, y de algunas de las instituciones académicas que la cultivan, es precisamente un

salto mortal hacia atrás, disfrazado de sabiduría y creatividad: volver a ser brazos institucionales de gobiernos y empresas, no para atender problemas sociales, sino para servir de *palabra prestigiosa* en el convencimiento de que lo que se decide *desde arriba* es lo que mejor conviene a los actores sociales.

Me parece que Victoria Novelo pertenece a ese “momento” privilegiado en el que la antropología se pensó en mediadora de *abajo* hacia *arriba*, y no como ahora, de *arriba* hacia *abajo*. Puede que yo esté equivocado, pero la serie *Antropovisiones* eso muestra: es Eduardo Menéndez afirmando que el alcoholismo es algo con lo cual se debe vivir y regular socialmente; es Ricardo Pérez Montfort argumentando cómo lo “típico” es una construcción del nacionalismo mexicano, ideología hegemónica que todo lo uniforma; es Felipe Vázquez comentando que la etapa más larga de la vida (la vejez) es la más descuidada por las instituciones; es Jan de Vos insistiendo que la Lacandona concita un conjunto de contradicciones y expresiones culturales y políticas que no son reducibles a las políticas oficiales de los gobiernos estatales; es Carlota Duarte mostrando que la revaloración de la cultura indígena no solamente pasa por su reconocimiento o por su instrucción sino por la transferencia de medios que supone el uso de una cámara fotográfica. En ninguno de los contenidos se habla desde las instituciones, es más, lo que es claro es *su ausencia*, como en el documental *Trabajo de campo en tiempos violentos*.

Es difícil concebir que en un trabajo de 12 años esta perspectiva implícita

de la serie *Antropovisiones* sea un descuido o un error. Creo, por el contrario, que es la expresión consciente de una antropóloga que si bien no podía adivinar el camino por el que optaría la política oficial con respecto a la antropología, estaba felizmente consciente de aceptar “el encargo” social que se le hacía a su disciplina, y lo hizo como lo hace un artesano: con paciencia, saber, oficio e intuición. Ojalá que esta serie tenga toda la difusión que merece, y Victoria Novelo se anime a producir y dirigir los cuatro documentales que faltan para cumplir con el proyecto original de la serie. Asimismo, espero que las puertas de la antropología no se cierren al uso de nuevos lenguajes para difundir su quehacer, y ojalá que esa puerta se siga abriendo de abajo hacia arriba, y no sola y únicamente de arriba hacia abajo.

Espero, pienso, que con series como ésta los nuevos antropólogos, sobre todo los antropólogos en ciernes, puedan encontrar el arsenal para liberar una nueva batalla dentro de sus campos, y que en esta batalla no se olviden que se trata de reflexionar sobre el mundo, no hacer imágenes del mundo.

Claudia C. Zamorano Villarreal, *Vivienda mínima obrera en el México posrevolucionario: apropiaciones de una utopía urbana (1932-2004)*, México, CIESAS (Publicaciones de la Casa Chata), 2013.

JOSÉ ANTONIO RAMÍREZ HERNÁNDEZ

Claudia Zamorano es profesora investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, D.F.

Obtuvo su doctorado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, en París. Su trabajo de investigación se enfoca en el espacio urbano, la vivienda y la familia, a partir de la antropología urbana.

El libro reseñado es resultado de 10 años de investigación y en 2014 fue distinguido con el premio a la mejor investigación en antropología social “Fray Bernardino de Sahagún” del Instituto Nacional de Antropología e Historia. A partir de una perspectiva que traza distintas escalas de estudio, desde el cuerpo humano hasta lo global, el objetivo del libro es investigar los procesos urbanos que dieron origen y forma a la colonia Michoacana, ubicada al oriente de la ciudad de México. Con esta finalidad se presentan varios temas que estructuran el objeto de estudio: la arquitectura funcionalista en México y la planificación integral, los primeros proyectos estatales de vivienda para trabajadores, su edificación como utopía urbana en los inicios del siglo xx y, finalmente, la producción social del espacio urbano y sus diferentes procesos de apropiación.

El estudio es pertinente en cuanto no se ciñe a la colonia Michoacana. La autora realiza una serie de recortes espaciales que vinculan procesos socioculturales con la historia, la materialidad (arquitectura), la construcción de la ciudad y sus agentes. Se enfoca en tres amplias esferas: la arquitectura mexicana funcionalista, la implicación de agentes políticos y la apropiación simbólica y material realizado por los beneficiarios del proyecto urbano, incluidos la vivienda y el entorno urbano.

Zamorano empieza con la construcción del objeto de estudio. Señala que eligió la colonia Michoacana por motivos personales, pues ahí vivió sus primeros años de existencia. Sus ideas iniciales trataban de entretener la vivienda y la familia en sectores populares; historias de vida y modificaciones en las casas y, por último, la confección de una arqueología de la vivienda.

Al realizar trabajo de campo y archivo redefinió la investigación, por considerar los siguientes aspectos sobre la colonia en cuestión: *a)* fue asignada a la clase media, *b)* su centro escolar fungió como prototipo de la educación socialista, *c)* contenía expresiones artísticas sobre la ciudad y la Revolución mexicana y *d)* era parte de un proyecto integral (vivienda y espacio urbano). Esto permitió pensar la colonia Michoacana como un proyecto urbanístico integral de ciudad moderna que atendía al proceso de industrialización, incluía la planificación urbana y la creación de una política de vivienda por parte del Estado.

Tres preguntas guían la investigación: “¿cómo se produce el espacio urbano?, ¿cómo se transforma? y ¿qué factores y actores intervienen?” Para responderlas, la autora se centra en el Estado, los consumidores y los productores de dicho espacio, retomando a Henri Lefebvre, quien en *La producción del espacio* (París, Anthropos, 1991) concibe este proceso a partir de una tríada de dimensiones que intervienen en la producción del espacio: *la representación* (espacio concebido y conceptual), donde lo creado es producto de planificadores, urbanistas, tecnócratas; *el imaginario*

(el espacio de los habitantes), compuesto por un sistema de signos producidos, designados y ordenados, y la *práctica*, donde el espacio es producido y reproducido por los usuarios.

Su metodología incluye la interacción de viviendas y familias, indagando los procesos de adaptación, apropiación e interpretación de la arquitectura moderna del siglo xx. Mediante 71 entrevistas obtiene historias de vida, de las casas y la colonia; transformaciones y apropiaciones de espacios urbanos; eventos de sociabilidad y vida cotidiana. Sus fuentes incluyeron archivos históricos de la ciudad de México, documentos hemerográficos (revistas, folletos, tendencias urbanistas y arquitectónicas); datos censales (1930-2000); fotografías aéreas históricas de la zona, álbumes fotográficos de familias entrevistadas, y una carpeta fotográfica creada por ella misma.

La estructura del libro —además de introducción y conclusiones generales— se integra por tres partes, con dos capítulos cada una. La primera trata sobre los arquitectos radicales y el funcionalismo internacional que fue importado, interpretado y apropiado por los arquitectos mexicanos. La segunda identifica a los actores políticos de la Revolución, denotando el surgimiento de la vivienda como problema social y el nacimiento de la planificación como paradigma del desarrollo urbano. La tercera analiza la apropiación de los beneficiarios desde una dimensión material (cambios materiales), económica (instalación de comercios, negocios) y cultural: transformaciones en la cocina (adaptación a cultura material y prác-

ticas corporales: *hábitus*), así como modificaciones en las fachadas que revelan, sobre todo, el imaginario del miedo.

En el primer capítulo construye su objeto de estudio. Expone la elección del lugar de estudio, así como el inicio y redefinición de su investigación. Explica la manera en que la arquitectura y la antropología se vinculan, lo cual permite plantear las tres preguntas de investigación iniciales apoyadas en el concepto de producción del espacio de Henri Lefebvre (1991).

En el capítulo dos (inicio de la primera parte) explica cómo, a partir de la modernidad de inicios del siglo xx, se alistan transformaciones en el mundo en las que la arquitectura y el urbanismo no fueron la excepción. Surgirá el estilo funcionalista, que derivó en varias escuelas, entre ellas la Bauhaus. Zamorano considera el funcionalismo como un caleidoscopio de la modernidad que fue interpretado por los agentes que lo apoyaron o rechazaron según sus intereses estéticos, políticos y financieros. La Bauhaus hizo sus propias interpretaciones.

En el capítulo tres expone las similitudes entre la escuela funcionalista internacional y la practicada en México. Zamorano argumenta que las influencias en México procedían de ideas de Le Corbusier y de los congresos internacionales de arquitectura moderna; estaban impregnadas de las contradicciones políticas que imperaban en el país después de la Revolución. Así, junto con el funcionalismo, los arquitectos importaron también contradicciones, disputas ideológicas e intereses políticos y materiales. Entre

1920 y 1940 ocurrieron cambios en la arquitectura mexicana; la escuela académica del Porfiriato enfrentó oposiciones, tanto en lo estético como en lo social. Juan Legarreta fue un arquitecto mexicano que trató de resolver el problema de la vivienda de los trabajadores, junto con otros colegas, como Juan O’Gorman, Álvaro Aburto, Enrique Yáñez, Justino Fernández y Carlos Tardati. En 1932 Legarreta ganó el concurso de Vivienda Mínima Obrera, que unos años después permitió la construcción de la colonia Michoacana.

En el capítulo cuatro (inicio de la segunda parte) la autora delimita el conflicto entre Estado, patrones, organizaciones populares, casatenientes y terratenientes en torno a la vivienda obrera, que empieza a definirse como un problema social. Con el funcionalismo como respuesta, se analiza el papel de la planificación urbana como discurso dominante. La vivienda obrera se construye como un problema que debe resolver el Estado.

En el capítulo cinco se expone la idea de la utopía como una organización política susceptible de ser asentada en un lugar. Zamorano interpreta el trabajo de los arquitectos funcionalistas radicales como una utopía, en tanto que era un intento de brindar a la clase trabajadora la seguridad que representa la vivienda. Sin embargo, considera lo sucedido en la colonia Michoacana como una utopía interrumpida o trunca: el proyecto benefició en última instancia a una clase media en crecimiento; no se construyeron todas las viviendas proyectadas; también estuvieron presentes los dividendos que

dejó la industria del cemento, en auge en aquel tiempo y finalmente el proyecto se abandonó.

En el capítulo seis (inicio de la tercera parte) la autora se enfoca a las necesidades familiares que llevaron a modificar las viviendas originarias, donde el arquitecto funge como agente civilizador. Zamorano analiza la dimensión material, económica, cultural y simbólica de la apropiación de las viviendas por parte de los usuarios. La cocina revela aspectos culturales de sus habitantes, no sólo por sus modificaciones físicas, sino de la manera en que se hace uso de este espacio, haciendo confluir tecnología, prácticas corporales y cultura.

En el capítulo siete se presentan los cambios materiales en la colonia, en el barrio, considerando a los arquitectos como agentes políticos y usuarios. En el paisaje de la colonia rastrea modificaciones y creación de símbolos, códigos e imaginarios. Las fachadas de las casas permiten leer estos procesos, al ser transformadas principalmente por los imaginarios del miedo de los habitantes, quienes protegen sus casas y colocan grandes rejas en la calle para impedir el paso de extraños. Esto hace que logren la identificación y rechazo del “otro”, así como una aparente solidaridad entre vecinos. Se identifican dos tiempos: en el pasado la seguridad se integra a la arquitectura y los habitantes marcan fronteras simbólicas; en el presente identifican “al otro” para excluirlo y fortificarse con rejas.

A decir de Lefebvre —retomado por Zamorano—, la modificación de la ciudad mantiene diferencias entre los

modos de producción, los espacios construidos y los códigos establecidos. Después de la Revolución, la agenda de los políticos contenía códigos que no coincidieron con los de los vecinos. Un ejemplo es el monumento a la Madre Petrolera, que muestra los códigos que el Estado deseaba imponer a los habitantes del lugar, pero la destrucción y descuido para la obra fue la respuesta de los vecinos ante el símbolo impuesto. La autora concluye que construir el espacio habitable es muy complejo para dejarlo sólo en manos de arquitectos; asimismo, argumenta que no todo acto de apropiación y simbolización es un acto de resistencia.

Definitivamente, la metodología permite responder a la problemática de la investigación. Zamorano muestra cómo, a partir de Lefebvre, se puede hablar de producción del espacio desde la historia, desde una geografía particular que posee una historia espacial donde convergen infinidad de agentes sociales y políticos. Vale esto para hablar de la manera de obtener información cuando no se limita sólo a la etnografía que, dicho sea de paso, tiene su complejidad. La autora sale de ella, acude a los archivos históricos y utiliza fotografías aéreas para revelarnos las limitaciones de la memoria como única fuente de conocimiento.

El manejo de escalas, que van de lo global al cuerpo, es un tema fascinante para los estudiosos de las ciudades y el espacio urbano. Una escala surge de diversas perspectivas espaciales, donde el regreso a la formación dimensional es un intenso diálogo de lo local a lo global (David Harvey, "From Space to

Place and Back again", en *Justice, Nature and the Geography Difference*, Reino Unido, Blackwell. 1996). Sin embargo, en este libro la parte global se queda en la propuesta de la Bauhaus, concentrándose posteriormente en la política nacional, de manera que puede hacerse la pregunta, ¿qué pasó con otros procesos internacionales que pudieron influir en la construcción de la colonia Michoacana?

Vivienda mínima obrera en el México posrevolucionario es una investigación novedosa, un estudio completo sobre la producción de los espacios urbanos como resultado de la interacción —un diálogo entrecortado— entre planificadores, urbanistas, artistas y tecnócratas con los habitantes del espacio urbano de un momento histórico específico.

Fernando Barrientos del Monte, *Buscando una identidad. Breve historia de la ciencia política en América Latina*, México, Fontamara/Universidad de Guanajuato, 2014.

JOEL TRUJILLO PÉREZ

Las ciencias sociales, como campo de conocimiento específico, se han desarrollado de manera desigual. Esto es más claro cuando nos encontramos insertos dentro de alguna de las disciplinas que abarca, sobre todo si se piensa que cada una puede coadyuvar a resolver problemas reales y cotidianos de la vida en sociedad. Probablemente esto ya se ha señalado para el caso de la antropología que, desde sus inicios y profesionalización en México, a principios del siglo pa-

sado, se encontraba dispuesta como herramienta de Estado para la incorporación de las poblaciones indígenas, y donde los recursos —sociales, económicos y políticos— fluían desde el centro rector comandado por el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), posteriormente Partido Revolucionario Institucional (PRI), a la causa “legítima” e indiscutible de hacer un país mayormente homogéneo con las características de los países de Europa o Estados Unidos. Como ejemplo de las políticas de incorporación, se olvidó —o no se reconoció— que este último país llevó a cabo, desde su conformación, una cruenta campaña de limpieza étnica para conformar la nación que hoy conocemos, con estatutos fenotípicos muy particulares, pero siempre aspirando al arquetipo del hombre blanco, protestante y con propiedades.

La búsqueda de una identidad mexicana se hizo tarea propia de Estado posrevolucionario, y para ello se hacía factible fortalecer la antropología como herramienta para la incorporación del indio, del atrasado, a la moderna sociedad de mediados de siglo. Como señaló Claudio Lomnitz en una ponencia reciente en el Museo Nacional de Antropología (MNA), la antropología se coronaba como “la reina de las ciencias sociales” (2014) y sus estudios eran apoyados con cuantiosas posibilidades. El caso de Manuel Gamio y la construcción del MNA eran el pódium sobre el cual se edificaba una concepción donde “la antropología debe ser el conocimiento básico para el desempeño del buen gobierno, ya que por medio de ella se conoce a la población que es la

materia prima con que se gobierna y para quien se gobierna” (Manuel Gamio, *Forjando patria*, México, Porrúa, 2006, p. 15). La antropología como ciencia de Estado, la cual ha sido sustituida recientemente por la economía.

Para entonces, la ciencia política no era parte del debate nacional en México. Dicha disciplina se encontraba afin a las problemáticas y fenómenos de países llamados como de “primer mundo”. Se encargaba de estudiar los sistemas políticos altamente formalizados, institucionalizados, sus variantes y posibilidades de la democracia en un mundo poco constante y estable con apariciones de regímenes clasificados estrictamente, donde la democracia era el ideal a seguir mientras que el autoritarismo y la dictadura hacían su aparición en diversas partes del mundo, incluyendo América Latina —tal vez el mejor ejemplo de ello sea David Easton y sus obras en torno a los sistemas políticos entre la que destaca *The Political System*—, donde el principal fenómeno estudiado se centra en “The Study of Politics” (1953: 1). Cito en inglés pues la problemática acepción y traducción anglosajona de *política* ya ha sido discutida en numerosos espacios en los que no agregaré más. Mientras tanto en Francia, Duverger realizaba la obra de lo que sería el caldo de cultivo de la ciencia política: *Les partis politiques* (1951), con lo que inauguraba la temática central para la ciencia política que continúa hasta nuestros días, ambos con cierto recelo de exclusividad. Ambos estudios y autores seguían la ya característica funcionalista de los estudios sociales

llos de *inputs, outputs, feedbacks* y demás semántica utilizada para otorgar la cientificidad necesaria que legitimara los estudios de la ciencia política en singular. No es casual, entonces, que Fernando Barrientos ras-tree esta historia de la ciencia política, allí donde el contexto y las posibilidades permitían el estudio libre fuera de problemáticas de represión, cruentas batallas, asesinatos y persecución política de toda índole.

Epistemológicamente, y como lo hace notar Guillermo Bonfil Batalla (*México profundo. Una civilización negada*, 2011: 121-228), la antropología había tomado, reformulado y adaptado al sujeto indígena —al indio— como su “objeto” propio y exclusivo de estudio. Por su lado, la ciencia política realizaba esfuerzos por delimitar su campo de estudio alejado de las tradiciones que Barrientos hace bien en puntualizar:

Hasta hace algunos años no solamente existía consenso entre los científicos sociales alrededor de la idea de política, sino que tampoco lo había respecto a la denominación de la materia. De la sociología, el derecho, la economía y la historia se importaron teorías, conceptos y metodologías de las cuales emergieron varios enfoques que enriquecieron a la disciplina, pero al mismo tiempo dificultaron su autonomía (p. 21).

La cita permite ejemplificar que nombres como Herman Heller y Hans Kelsen, si bien fueron los que dieron génesis a la ciencia política contemporánea (pp. 46-56), se encontraban in-

sertos en el derecho como principal aporte al estudio de los fenómenos políticos, la influencia jurídico-constitucionalista.

La formalización de la misma en los años cincuenta en Estados Unidos va de la mano con la implementación de un método científico capaz de controlar las contingencias propias de la sociedad con la implementación de “variables”. La teoría de sistemas se había apoderado de la disciplina. Por un lado se encontraban los *hardliners* (duros) con leyes, correlaciones, causas y explicaciones que definían la esencia de los fenómenos estudiados de manera dura, cargada hacia la omnipotencia con estándares estadísticos y numéricos. Para historiar y delimitar los puntos de quiebre, Barrientos hace un recorrido tanto sincrónico como diacrónico que le permite observar aquellas coyunturas y contextos que propician los cambios empírico, sea en personajes, revistas, universidades y, sobre todo, de los enfoques al interior de la nueva disciplina que definirán su rumbo y le darán la forma con la que la conocemos actualmente.

Los fenómenos propios y característicos de la región hasta entonces se habían analizado y estudiado desde la historia, la sociología y la antropología, ya que la ciencia política parecía inexistente. La sociología era entonces la encargada de problemáticas latinoamericanas donde sobresalen nombres como Octavio Ianni, Pablo González Casanova y Ruy Mauro Marini, quienes encabezan el estudio de fenómenos políticos, originando “una disciplina sociologizada”, nombre del cuarto capí-

tulo de la obra reseñada. Aún quedaba en segundo plano la ciencia política, en tanto no se lograba posicionar del todo dentro del pensamiento intelectual y académico, tanto en México como en América Latina. Para entonces, las fluctuaciones e influencias de la región incorporaban al marxismo como herramienta en el estudio de la política, como método de las ciencias sociales. Entonces eran identificadas dos corrientes de marxismo: el dogmático y el crítico. El autor realiza una provocativa clasificación e identificación de corrientes que buscaban un método, categorías y conceptos propios en el centro de la disciplina, pero la ciencia política encontraría otro obstáculo en su proceso de autonomía como disciplina. La poca democracia con la que se contaba no permitía, de muchas maneras, el desarrollo de la ciencia política y los pocos estudios que se realizaban daban cuenta de que los estudios propiamente latinoamericanistas provenían aún de Estados Unidos, de autores como Schmitter, Stephan, O'Donnell y Linz.

“El impacto de la democratización como proceso” es el título del capítulo cinco, donde el autor realiza un balance de los años ochenta donde “el rol del politólogo empieza a ser reconocido como un experto en las cuestiones estrictamente políticas”. Se dilucida entonces una disciplina acorde a las condiciones reales de América Latina y comienzan a surgir nombres y posicionamientos que el autor identifica a la perfección.

Es hasta mediados de los años ochenta que diversos factores dan paso

a la institucionalización de la disciplina en nuestra región. Acompañada de procesos de liberalización económica, elecciones libres y el resurgimiento de los partidos políticos, es que la correspondencia entre procesos políticos y ciencia política permite su desarrollo acompañada de medios, revistas, libros e instituciones verdaderamente especializados en el tema. En distintos países aparecen publicaciones con prestigio propio y acorde a las necesidades particulares, favoreciendo el conocimiento producido desde la región para la región.

Fernando Barrientos contabiliza las publicaciones de ciencia política, señalando a México, Brasil y Argentina como centros productores de conocimiento científico en sus diversas áreas pero atendiendo a las ciencias sociales, y en especial a la ciencia política, disciplina que se ha fortalecido con el transcurso de los años. Corresponde también señalar que muchas de las publicaciones, editoriales y textos han sido efímeros, ya que este campo del conocimiento no se valora lo suficiente respecto a otras que tienen una aplicación inmediata, como en la física, la química y la biología, entre otras.

Como un balance de la situación actual de la ciencia política, en el capítulo ocho, “El futuro de la ciencia política en América Latina”, el autor hace referencia a las situaciones que la disciplina enfrenta en estos tiempos. La endogamia persistente o sectarismo visto en muchas instituciones elimina la posibilidad de crecer como área del conocimiento político de las sociedades. A ello se suma la permanencia de paradigmas, metodologías y conceptos

que ya parecían superados y que no corresponden a sus funciones para las cuales habían sido creadas. Además, la lucha constante entre los cuantitativos y cualitativos no permite la cohesión de la ciencia política y, a su vez, no les permite entender que dichos enfoques son complementarios en un mundo donde la complejidad de los fenómenos rebasa posibilidades numéricas o empíricas de estudio.

Por último, Fernando Barrientos apunta de manera acertada que “nuevos retos enfrenta la ciencia política latinoamericana, fenómenos políticos que requieren interpretaciones nove-

dosas a la relectura de los clásicos: la emergencia de nuevos actores que retan el poder hegemónico del Estado, como el crimen organizado transnacional y las grandes empresas que dominan las economías”. Esto parece de suma importancia en un contexto de constantes cambios; podemos entender que la ciencia política no puede estar más alejada, como lo hicieron sus autores, sus discursos y textos fundantes, de la realidad concreta en que se desarrolla, por lo que deberá incorporar los nuevos elementos sociales de la realidad. No puede estar alejada de las condiciones que la originan y dan vida.